

Se acercaba el verano. La Residencia se disponía, como siempre, a iniciar su curso para estudiantes extranjeros. Días antes, cuando fui a dar las gracias a D. Ramón Menéndez Pidal por su voto como jurado del Premio Nacional de Literatura, me invitó a leer algunos de mis poemas en la inauguración del curso. Era la primera vez que iba a recitar delante de personas desconocidas. A la hora de la apertura, yo, que estaba sereno, llegué a perder parte de este aplomo a causa de la advertencia de un señor de barba donjuanesca que, agarrándome entre la barba y la pared, me espetó de improviso:

-Tenga en cuenta, joven, que es usted andaluz y que va a recitar ante extranjeros que vienen a Madrid para aprender el castellano. Hágalo despacio, pronunciando muy bien todas las palabras, sus finales, suplicándole un especial cuidado al emitir las *elles* y las *zetas*.

Cuando algo atemorizado por aquellos consejos iba camino del salón, pregunté a un amigo quién era aquel guapo señor de la barba al que tanto asustaba mi acento andaluz.

-Es Américo Castro, un ilustre filólogo. ¡Parece mentira que no lo conozcas!

Ante un juvenil auditorio de ingleses y norteamericanos, en el que destacaban muchachas muy hermosas, recité, con fingida pronunciación castellana, poemas de mi *Marinero en tierra*. Todo iba bien, pero al llegar a aquellos versos del soneto "A un capitán de navío":

*Por ti los litorales de frentes serpentin  
desenrollan al paso de tu arado un cantar,*

con tanta perfección *desenrollé* la *elle* que al ponerme de puntillas para más destacarla, el pie se me salió del estradillo, estando a punto de romperme una pierna.

Ya en los jardines fui felicitado por los estudiantes. Don Américo estaba contento. Mi lección no había sido tan mala.

*La arboleda perdida.* Rafael Alberti.

1. Resume el contenido del fragmento dado.
2. Generación del 27.